

NOTAS

1. En el número de noviembre de 1993 de la *Revista de Occidente*, que lleva por título «¿Hacia una sociedad del riesgo?», el compilador, J. Rodríguez-Ibáñez, señala a U. Beck, N. Luhmann y A. Giddens como los principales impulsores y protagonistas del debate. Ulrich Beck reconoce en su artículo «De la sociedad industrial a la sociedad del riesgo» la influencia de *L'État providence*, que se publica en 1986, al tiempo que su obra principal *Die Risikogesellschaft*. Puede encontrarse, además, una concisa y eficaz perspectiva comparatista de la historia del Estado de Bienestar en Gehrard A. Ritter, *El estado social, su origen y desarrollo en una comparación internacional* (trad. Joaquín Abellán), Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1991. Su dimensión socioeconómica está suficientemente expuesta en los artículos recopilados por R. Muñoz de Bustillo en *Crisis y futuro del Estado de bienestar*, Madrid, Alianza Universidad, 1989. Como aproximación filosófica proponemos la lectura de los dos

trabajos de Luhmann que F. Vallespín ha publicado en Madrid, Alianza Universidad, 1993, con el título *Teoría política en el Estado de bienestar*.

2. Enric González escribe en *El País* del 30-6-1994, en una crónica titulada «El interés de la especie humana está por encima de las libertades, según el Consejo Constitucional francés», que «la repercusión política, social y moral de los avances técnicos en reproducción asistida, trasplantes y manipulación genética ha llevado a la más alta magistratura de Francia a considerar que la libertad individual, proclamada en los artículos 1, 2 y 4 de la sacrosanta Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789, "debe ser conciliada en cualquier caso con otros principios de valor constitucional". Esto significa que la libertad del individuo no le permite disponer de su propio cuerpo, si ello supone una degradación del mismo. La definición de lo que es degradante, y lo que no, queda en manos del parlamento».

EL COMPLEJO PROCESO COMUNITARIO

Mariano Aguirre

Centro de Investigación para la Paz, Madrid

LUCIO CARACCILO (ed.),
La democracia en Europa
(Conversación con Ralf Dahrendorf,
François Furet y Bronislaw Geremek),
Madrid, Alianza, 1993, 162 pp.

Las relaciones internacionales después del fin de la Guerra Fría se caracterizan por la tensión entre integración y desintegración o, en otros términos, entre globalización y particularismos. En el terreno económico existe una concentración del poder tecnológico, financiero, productivo y comercial. Los estados y las unidades locales tienden a agruparse alrededor de centros de poder.

En el nivel macroeconómico, EE.UU., Japón y la Unión Europea son los polos de atracción. Cuanto más frágiles son los países o las regiones, más interés tienen en unirse a uno de los centros de poder. La dinámica e inercia del proceso conduce hacia una selección aparentemente natural: se integra a los que tienen algo que ofrecer, y se margina a los que no tienen dinero, infraestructura, mercado interno, recursos naturales codiciados, o mano de obra barata y útil.

La economía manda en la era de la globalización, pero muchos aspectos de las relaciones internacionales y nacionales no están controlados por ella. Más aún,

precisamente la estructura jerárquica y con tendencia a la marginación que marca el sistema económico vigente hace que la política, la cultura, y las identidades sociales, en general, cobren un auge especial. La inclusión, aunque dependiente, favorece la homogeneización, pero la exclusión de los procesos globales agudiza las diferencias. Si los campesinos de Chiapas se sienten no sólo explotados y marginados durante siglos sino, además, fuera de un proceso de modernización (el NAFTA) que es anunciado a los cuatro vientos, entonces se rebelan. Desde la otra cara de la moneda, la globalización tiene reglas tan duras que los participantes en la competición no esperan el momento de salida ni pactan con nadie: en cuanto pueden se lanzan a encontrar el mejor sitio bajo el cielo del mercado. Así, a la hora de la desintegración económica y política de la antigua Yugoslavia, Croacia y Eslovenia corrieron hacia la Unión Europea, y los dirigentes serbios consideraron que era el momento de hacerse fuertes desde la mitología de la Gran Serbia.

Europa, y especialmente la mayor parte de la zona occidental, representó durante la Guerra Fría el espacio en el que se verificaba el más alto grado de desarrollo social, económico y político del mundo. Se podría discutir si Estados Unidos o Nueva Zelanda no han tenido un desarrollo socio-económico y democrático similar. Pero, en general, se acepta que, pese a su amplio campo de libertades y su riqueza, Estados Unidos no ha tenido esa mezcla de Welfare State con sutileza institucional de la democracia parlamentaria que se ha practicado y ampliado en determinados países de Europa Occidental. Y Nueva Zelanda y Australia, pese a la distancia, podrían considerarse, con el mayor respeto, extensiones de la cultura política europea.

La idea de Europa, sin duda, no nació

con la Guerra Fría, sino que es producto de una tradición de siglos que se inicia con el poder de la Iglesia, en la fase de madurez del cristianismo, y como definición frente al Otro, al turco, como lo explica uno de los autores de *La democracia en Europa*. Pero ha sido en los últimos 50 años, y después de la traumática experiencia de dos guerras mundiales y de la división impuesta como producto del enfrentamiento entre ideologías y visiones del mundo, la partición de Alemania, y la hegemonía de Washington y Moscú durante por lo menos dos décadas, cuando se ha acelerado el proceso de la construcción europea. Probablemente, la principal característica de este proceso sea la ruptura con el modelo de confrontación diplomática, económica, y militar entre los Estados que, por lo menos, asoló y definió el espacio europeo desde el siglo XIV. El balance de poder caracterizaba la vinculación entre los Estados. Esta regla no ha desaparecido, pero a partir del terreno económico se ha avanzado para contar con un modelo cooperativo que evite la guerra a través de las armas y busque los puntos en común en otros campos de la vida política y social. La Comunidad Europea, en este sentido, y como marco de referencia, ha sido un gran avance para los Estados que la configuran, e indica un modelo a seguir en otras regiones del mundo.

La idea de la Europa Comunitaria se ha visto, sin embargo, desde sus inicios afectada por la confrontación entre intereses nacionales y marco cooperativo que limitaría la soberanía de cada miembro. Cuando este proceso estaba lejos de ser solucionado, sobrevino el fin de la Guerra Fría. Aunque a los ciudadanos de Europa oriental se les consideraba hermanos sometidos al comunismo, nadie calculó que casi de un día para otro, y mucho antes de lo esperado, fuesen libres para querer ser,

también, europeos. Esto es, miembros de la Comunidad, de la OTAN, y pasar a formar parte del mercado laboral y querer acceder a los servicios del Estado. El año maravilloso de 1989 se transformó en una pesadilla. El historiador liberal francés François Furet afirma que «los europeos occidentales, mientras discutían sobre [su] futuro, han faltado en gran medida a su cita con el fin del comunismo». La falta de política europea hacia Bosnia es uno de los mejores ejemplos de sus palabras.

En el curso del diálogo que se establece en este libro emergen ideas y sugerencias sobre qué le ha pasado a Europa desde 1989. El también liberal, pero con un trasfondo socialdemócrata, Ralf Dahrendorf, considera que es coherente que Europa no estuviese preparada para el gran cambio de 1989, precisamente porque, a su juicio, la unidad europea es, en buena medida, ficticia. Recuerda en esta conversación que cuando era Comisario de la CE (entre 1970 y 1974) se preguntaba quiénes constituían el cuerpo de votantes, los ciudadanos-políticos que estaban democráticamente detrás de los políticos y técnicos que habitaban en Bruselas. Siempre le era difícil responder a su interrogante, y todavía hoy sigue siendo complejo saberlo.

Dahrendorf y Furet dialogan con el historiador polaco Bronislaw Geremek, antiguo líder de Solidaridad y diputado. Ninguno de los tres es optimista sobre la idea de una Europa unida. Lo consideran un objetivo importante, pero llegar a él será mucho más difícil de lo anunciado. Furet trata de mostrarse más entusiasta, posiblemente porque la UE es un espacio en el que el liberalismo económico por el que apuesta está totalmente legitimado, y por el papel destacado que Francia juega y desea jugar en el futuro. Dahrendorf destila, a la vez, el pesimismo británico hacia la unidad y la brillantez del pragmatismo

anglosajón acerca de lo que es y lo que no es. Por ejemplo, sobre el parlamento europeo —que es elegido pero no manda, ni decide, ni legisla— dice que se trata de «un bello gesto simbólico pero engañoso y, de hecho, un insulto al concepto de responsabilidad democrática». Geremek aporta, por su parte, una visión crítica, con fuerte trasfondo histórico para demostrar que Europa está cultural y políticamente unida, pero es consciente de las limitaciones que imponen las reglas del juego. O sea, sabe que Europa Oriental tiene que esperar turno, y que todos son iguales, como escribió Orwell, pero algunos son más iguales que otros. Es, a la vez, el autor que busca explicar su paso desde el comunismo a la resistencia desde el espacio de Solidaridad, para acabar apostando por una «economía social de mercado». Como disgresión, es interesante ver su camino de búsqueda de una alternativa a la ideología del libre mercado sin matices.

El diálogo, organizado por Lucio Caracciolo, analiza la idea de Europa a partir de la historia y las tradiciones, pasa por el impacto de la caída del comunismo en 1989, se detiene en la crisis de la Comunidad Europea, y termina con reflexiones sobre la democracia y los intelectuales. En este paseo tan amplio se pueden resaltar arbitrariamente algunos aspectos. Uno de ellos es la tensión entre decisiones estratégicas de la Unión Europea y necesidades inmediatas de grupos sociales.

En una época de crecimiento económico lento con pocas posibilidades de ofrecer trabajo a todos los que están y a los que ingresan al mercado laboral, uno de los mayores problemas del proyecto europeo es cómo lograr adhesión democrática al mismo. Quizá la falta de interés y desencanto que muestran una gran mayoría de los ciudadanos europeos hacia la unidad, y que los técnicos y políticos en Bru-

selas y las capitales de la UE detectan y les alarma, deriva de los tecnicismos del proceso. Pero, también, porque mientras unos no acaban de ver exactamente qué beneficios van a obtener, otros —como los pescadores de Galicia o de la zona del Estrecho de Gibraltar y los productores agrícolas de diversos países— se ven sometidos a restricciones en su trabajo. La percepción extendida entre las cofradías de pescadores españoles de que el gobierno español y sus colegas de la UE les han traicionado en la disputa con Canadá por la pesca del fletán, es uno de los ejemplos más graves de cómo se fractura la idea del europeísmo. Se produce, así, una confrontación entre las macromedidas que adoptan los técnicos en Bruselas y los ministros de la UE, y la vida real de grupos sociales para los que el trabajo no es sólo una estadística sino su medio de vida tradicional.

Esta es una cuestión muy grave, porque si la tensión entre integración y desintegración alcanza sus extremos en el caso de Bosnia-Herzegovina, o de Chechenia frente a Rusia, la marginación de sectores tradicionales podría acelerar tanto el regreso a identidades nacionales, étnicas y religiosas como a la recuperación de valores conservadores. Geremek recuerda en el libro que si bien Europa es la realización de una cultura en que la democracia es un elemento esencial, también el totalitarismo es parte del patrimonio europeo. «El totalitarismo —afirma— constituirá siempre un peligro para nuestro continente.» Y los líderes populistas y totalitarios, desde Milosevic hasta Le Pen, no tardan en emerger, hablar y convocar en momentos de crisis, para señalar de forma acusadora a los inmigrantes, los musulmanes, los canadienses, las políticas multiculturales o los técnicos de Bruselas como culpables de las desgracias del pueblo. En este sentido, desde una perspecti-

va de largo plazo, una vez que en España y Francia han sido los partidos socialistas los que apostaron en los años ochenta por un proyecto europeo que muchos grupos sociales ahora ven como un atentado a sus intereses, ¿no vuelven estos grupos a votar por la derecha, y hasta por la más conservadora?

Dahrendorf dice que está vigente el conflicto entre aquellos que apuestan por el crecimiento económico y los que lo hacen por los derechos de los ciudadanos. O sea, el antagonismo entre quienes están convencidos de que aumentando la libertad de elección todos se van a beneficiar, y quienes creen que se precisa una garantía de ciertos derechos, incluyendo «un cierto tipo de redistribución que permita a todos participar en las posibilidades que ofrece la sociedad en que vivimos». Si los técnicos y políticos de la UE apuestan sólo por el primer modelo, el fracaso de Europa está casi asegurado.

El importante proyecto de la Unidad Europea tiene por delante diversos desafíos. Centrar el esfuerzo en la unión económica, y lograr tener una simbólica moneda común, puede ser discutiblemente necesario, pero son otras cuestiones las que van a reforzar a Europa o van a impedir que se avance en la dirección cooperativa. Geremek dice que hasta ahora ha mandado la economía en el proceso comunitario, pero que la integración debería depender más del proyecto político. Ese proyecto estará vinculado al concepto de democracia que se desarrolle, a la transparencia de los procesos institucionales, al grado de participación social que se estimule, al modelo económico por el que se apueste, al compromiso de la Europa comunitaria para prevenir y resolver conflictos como el de Bosnia, a garantizar y prevenir que no se ataque a las minorías, a encontrar la mejor relación con Rusia y los países más pobres de Europa Orien-

tal y el Norte de África. Desde la Comisión y el Parlamento se pueden adoptar decisiones sobre éstas y otras cuestiones, pero, paradójicamente, sólo desde los es-

tados y los actores sociales de cada país se podrá trabajar sobre ellas, precisamente para garantizar un proceso democrático de institucionalización de la unidad.

EUROPA: FALACIA E HISTORIA

Marta Irene Lois González

Universidad de Santiago de Compostela

JOSEP FONTANA, *Europa ante el espejo*, Barcelona, Crítica, 1994, 195 pp.

Europa se ha convertido en la metáfora más codiciada de los últimos tiempos, alberga en su seno un sutil campo de seducciones y estrategias que, a veces, la mera denotación convierte en un ejercicio declaradamente simbólico que rebasa su propio cometido.

Europa ante el espejo devuelve al lector la sospecha incómoda de una Historia escrita con letras mayúsculas, de la pluma de los vencedores y de todos aquellos relatos que han construido el pasado en la imagen deformada de un espejo. J. Fontana desvela el devenir europeo desde una óptica desmitificadora, consecuente con la posibilidad de recuperar las huellas del *otro-excluido*, fuera de la lógica de la negación y los mecanismos legitimadores de lo establecido. Una historia europea que ha sabido especular con el mito de una «civilización» que a fuerza de fantasmas ha tallado bustos de sí misma heroicos y puros.

Este libro constituye un intento por reiniciar un camino hacia el pasado que permita comprender el presente y prepare un futuro con expectativas. Una ruta que

se enfrenta con la «diferencia» allí donde Europa reclama una voluntad de progreso y especificidad. La presencia de extraños, de aquellos subdefinidos que no son vecinos ni foráneos, promueve, a lo largo del tiempo, un movimiento de autoubicación eurocéntrico destinado a crear figuras como la de *el bárbaro*, *el hereje*, *el infiel*, *el rústico vulgar*, *el disidente* o *el salvaje* fuertemente estereotipados como «desviaciones» frente a las que hay que desplegar sangrientos ataques.

El dualismo amigo-enemigo corresponde al juego que más eficacia ha tenido a lo largo del tiempo. De hecho, todos los pueblos se agrupan en función de este antagonismo: pensar al «otro» como amenaza, como enemigo público, suministra la cohesión necesaria para la legitimación de un discurso eficaz. Desde los bárbaros hasta el pobre urbano la estrategia política del relato europeo pretenderá preservar su posición de realidad ideológica dominante combatiendo a la alteridad allí donde se presente. La determinación de una conciencia «verdadera» de Europa adquiere su fuerza política justamente eliminando a los extraños que amenazan la homogeneidad. El autor no pretende conducirnos aquí a una condena ilusoria de los mecanismos reales de la producción de signos